

**Título** Crecimiento demográfico y crecimiento económico en la República Argentina del Siglo XXI

---

**Tipo de Producto** Ponencia (texto completo)

---

**Autores** Rubbi, Lautaro Nahuel

---

XIV Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires Argentina

### **Código del Proyecto y Título del Proyecto**

---

A19S01 - Crecimiento demográfico y desarrollo económico: análisis comparativo a nivel internacional

---

### **Responsable del Proyecto**

---

Rubbi, Lautaro Nahuel

---

### **Línea**

---

Opinión Pública

---

### **Área Temática**

---

Comunicación

---

### **Fecha**

---

Noviembre 2019

---

**INSOD**

Instituto de Ciencias Sociales y Disciplinas  
Proyectuales

FUNDACIÓN  
**UADE**

Ponencia preparada para el XIV Congreso Nacional de Ciencia Política “La política en incertidumbre. Reordenamientos globales, realineamientos domésticos y la cuestión de la transparencia”, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de San Martín, San Martín, 17 al 20 de julio de 2019

## Crecimiento demográfico y crecimiento económico en la República Argentina del Siglo XXI

**Autor:** Lautaro N. Rubbi (UADE – CONICET). Lrubbi@uade.edu.ar

**Área Temática:** Políticas sociales

### **Abstract**

A lo largo del Siglo XX la población mundial ha experimentado un crecimiento exponencial sin precedentes, con importantes repercusiones políticas, sociales y económicas. El crecimiento demográfico ha impactado de forma directa sobre la distribución de la riqueza y las posibilidades de disminuir la pobreza. Fundamentándose en la supuesta relación existente entre crecimiento demográfico desproporcionado y crecimiento económico, se han desarrollado varias políticas de intento de control poblacional a lo largo del mundo. En el caso de la Argentina, se ha expandido en los últimos años la percepción de un crecimiento descontrolado, principalmente entre las clases socioeconómicas más bajas, lo que ha promovido la creencia en la necesidad de diversas prácticas de control poblacional. El presente artículo pretende argumentar en contra de tales perspectivas. En primer lugar, se propone que teórica y empíricamente la conexión causal entre crecimiento demográfico y crecimiento económico es débil y aún poco clara. En segundo lugar, se indaga sobre la situación actual del crecimiento demográfico en la Argentina, que presenta una oportunidad antes que una amenaza. Se concluye que una política de control de natalidad no solo podría ser poco efectiva y socialmente perjudicial, sino principalmente innecesaria. Se proponen en cambio 3 propuestas de políticas públicas (difusión de la educación sexual, inmigración continua pero controlada y fuerte inversión en educación formal) como claves para aprovechar las oportunidades de desarrollo que la Argentina tendrá en el futuro.

## 1. Introducción

La coyuntura, la vorágine diaria y los permanentes apremios de la agenda política nacional e internacional nos impiden debatir sobre temas como el crecimiento demográfico, un tema crucial y de todas las épocas (Teh, 2008). Sin embargo, el crecimiento demográfico afecta a muchos fenómenos sobre los que sí se han desarrollado preocupaciones profundas, como la estructura de edad de la población de un país, la migración internacional, la desigualdad económica y el tamaño de la fuerza de trabajo de un país. Estos factores afectan y se ven afectados a su vez por el crecimiento económico general que, según varios autores, se encuentra íntimamente relacionado con las tasas de crecimiento demográfico (Petersonl, 2017).

El presente trabajo se propone indagar sobre esta temática a nivel internacional y, especialmente, en la República Argentina, donde diversas discusiones (en general sin fundamentos teóricos o empíricos sólidos) se han desarrollado alrededor de la idea de un crecimiento económico descontrolado. El trabajo pretende abordar una mirada no solo académica, sino más bien práctica sobre la relación entre crecimiento demográfico y crecimiento económico, con profundas implicancias políticas para la Argentina en los años por venir.

En la segunda mitad del siglo XX, el mundo experimentó la tasa de crecimiento demográfico más rápida de la historia de la humanidad (Bourgeois-Pichat, 1989). Si bien el principal motor de este crecimiento, el aumento sin precedentes de la esperanza de vida humana, tuvo su origen en los siglos anteriores, el impulso del crecimiento demográfico a principios del siglo XX se estaba extendiendo desde los países industrializados de Europa y América del Norte al resto del mundo, especialmente Asia y América Latina, donde residía la mayor parte de la población mundial. Desde entonces y hasta nuestros días, el rápido crecimiento demográfico se ha convertido en uno de los problemas a los que ha debido hacer frente el planeta (Poston y Glover, 2006; Goma, 2011). Desde hace tiempo la cuestión de la superpoblación (o sobrepoblación) ha sido objeto de debate.

En toda África, por ejemplo, la población sigue creciendo rápidamente. Aunque la tasa de natalidad está bajando, expertos de Naciones Unidas prevén que el número de personas en África se duplique de aquí a 2050, para alcanzar los 2.500 millones. Según los mismos expertos, en el año 2100 el 40% de la población mundial, o sea, 4.500 millones de personas, vivirá en África. Si bien la tasa de natalidad ha bajado desde comienzos del nuevo milenio de 5,1 a 4,7 nacimientos por cada mujer a nivel continental, esta sigue siendo excesivamente alta en

términos relativos respecto del resto del mundo. Más aún, incluso en el caso de que la tasa de natalidad en África de repente cayese a un nivel de en torno a dos, la población continuaría creciendo debido a que ahora mismo ya hay tantos niños y jóvenes con potencial para seguir reproduciéndose en el futuro cercano, en tanto se calcula que alrededor de un 60% de los africanos son menores de 25 años (Mora Tebas, 2017).

Paradójicamente, al mismo tiempo actualmente alrededor de la mitad de la población mundial vive en una situación demográfica en la que la fecundidad está por debajo del nivel crítico de sustitución de la población a largo plazo. Con la excepción del África Subsahariana y algunas de las partes más pobres de la India, estamos teniendo menos niños de los que una vez tuvimos, en algunos casos sin poder reemplazarnos a nosotros mismos en la próxima generación. Más aún, en Europa y Asia oriental, la fecundidad prolongada por debajo del nivel de reemplazo ya ha puesto en marcha un crecimiento demográfico negativo (Mora Tebas, 2017). Una reducción sustancial del tamaño de la población, a menudo acompañada por el envejecimiento de la población y cambios en su composición a través de la migración, plantea un desafío sin precedentes a las instituciones sociales y políticas establecidas sobre la base de un modelo económico basado en el crecimiento. La fecundidad por debajo del nivel de reemplazo presagia un cambio demográfico mundial con profundas implicaciones sociales, económicas y políticas a largo plazo (Cai, 2010).

El envejecimiento de la población está a punto de convertirse en una de las transformaciones sociales más significativas del siglo XXI. Sus consecuencias se sentirán en el mercado laboral y el financiero, así como en la demanda de bienes y servicios como vivienda, transporte y protección social. Se espera que el número de personas mayores, es decir, aquellas de 60 años o más, se duplique para el 2050, pasando de 962 millones en la actualidad a 2 100 millones, según el informe Perspectivas de la Población Mundial 2017 de las Naciones Unidas (ONU, 2017). A escala global, el grupo de personas mayores a 60 años está creciendo más rápidamente que el grupo de personas más jóvenes, lo cual es una bomba de tiempo para los sistemas de pensiones. El creciente costo de mantener a la población de edad avanzada recaerá sobre aquellos que aún están en la fuerza laboral y pondrá presión sobre los esfuerzos patrocinados por el gobierno (Hayes, 2018).

En este sentido, habría que agregar a nuestra ya frágil realidad social la disminución del número de personas que componen la población activa; el envejecimiento progresivo de esa población activa; los desequilibrios que obligan cambios en la política de jubilación; los desequilibrios en

la inversión y el ahorro a nivel colectivo y familiar; la disminución en las rentas familiares disponibles; el aumento del gasto sanitario de forma desorbitada; la subutilización y redundancia en el sector educativo; los desequilibrios en las estructuras familiares; el aumento de la problemática de la socialización intergeneracional y, como broche de oro, el posible quiebra de todo el sistema de seguridad social (Teh, 2008).

Se puede advertir entonces que, a nivel internacional, contradictoriamente, mientras que la mayoría de los países en desarrollo perciben que su tasa de fecundidad aún es demasiado alta, algunos países desarrollados están preocupados por el hecho de que su tasa de fecundidad sea baja (Hartmann, 2010).

A su vez, habiendo dado cuenta de estas complejas situaciones, es importante destacar que la relación entre el crecimiento de la población y el desarrollo económico ha sido un tema recurrente en el análisis económico desde por lo menos 1798, cuando Thomas Malthus (1798) argumentó que el crecimiento de la población deprimiría los niveles de vida a largo plazo. La teoría era simple: dado que hay una cantidad fija de tierra, el crecimiento de la población eventualmente reducirá la cantidad de recursos que cada individuo puede consumir, resultando en enfermedades, inanición y guerra. La manera de evitar tales resultados desafortunados era la "moderación moral" (es decir, abstenerse de tener demasiados hijos). Malthus no previó los avances tecnológicos que aumentarían la productividad agrícola y reducirían el número de enfermedades infecciosas, avances que han permitido que la población mundial creciera de 1000 millones en 1798 a 7.400 millones en la actualidad. Sin embargo, su idea esencial de que el crecimiento de la población constituye una amenaza potencial para el desarrollo económico siguió siendo influyente en los programas internacionales de política de desarrollo, especialmente en los decenios de 1950 y 1960, un período caracterizado por tasas de crecimiento de la población sin precedentes en muchos países en desarrollo (Fox y Dyson, 2018)

En la actualidad parece haber cierto acuerdo en la literatura de que el crecimiento de la población y el crecimiento de la producción per cápita no son independientes, aunque la naturaleza más probable de la relación entre ellos parece ser que depende en gran medida de las circunstancias particulares, en particular de la estructura de edad de la población, en los diversos países y regiones. El envejecimiento de la población en países como Japón significa que una cohorte relativamente más pequeña de personas en edad de trabajar se verá obligada a apoyar a un número creciente de jubilados que ralentizan el crecimiento económico, a menos que se

produzca un aumento sustancial de la productividad y de la producción per cápita. Existe un tipo diferente de problema de dependencia en muchos países africanos donde se requiere una población relativamente pequeña en edad de trabajar para mantener al gran número de niños que tienen importantes necesidades educativas y de salud. En el futuro, estos niños entrarán en la fuerza laboral y el crecimiento económico debería aumentar (Petersonl, 2017).

El efecto clave de todos estos cambios demográficos ha sido el desarrollo de la percepción de una mayor necesidad de planificación demográfica. Varios gobiernos alrededor de todo el mundo han puesto en marcha planes para hacer frente a las consecuencias económicas previstas. Los cambios derivados de estas políticas tienen consecuencias en el presente y futuro de estas sociedades, su composición, sus posibilidades de seguir desarrollándose y seguirán teniendo repercusiones para los que trabajan, están en formación o disfrutan de la jubilación.

El rápido crecimiento de la población creó desafíos en muchas sociedades y condujo a un movimiento mundial de control de la natalidad, que puede datarse a principios de la década de 1950, poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, con acontecimientos como la adopción de la primera política demográfica nacional de la India, el establecimiento de la Federación Internacional de Planificación de la Familia (IPPF) y la fundación del Population Council con el apoyo de la Fundación Rockefeller (Sinding 2007). Desde entonces, las políticas antinatalistas han sido impulsadas con profusión durante las últimas décadas en los países en desarrollo. El empeño a favor de tales políticas, tanto entre los gobiernos de dichos países como entre los donantes de ayuda internacional, ha venido alentado, no sólo pero sí en buena medida, por los enfoques neo-malthusianos que han argumentado que la pobreza y el subdesarrollo son consecuencia fundamentalmente del fuerte crecimiento demográfico.

Sin embargo, muchos de estos programas han carecido de un componente suficientemente amplio de educación sexual o de información sobre las consecuencias de los métodos anticonceptivos en la salud de las mujeres. Además, a fin de bajar la tasa de natalidad a toda costa, a veces se ha recurrido a implementar programas de anticoncepción forzosa sin el consentimiento de las mujeres, recurriendo a la presión o al engaño, lo cual representa una clara vulneración de sus derechos.

En este sentido, por ejemplo, el Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de la Mujer, CLADEM (Tamayo, 1999), denunció en 1999 el Programa de Planificación Familiar del gobierno peruano de Alberto Fujimori por recurrir a la esterilización

sin consentimiento, mediante la coacción e incluso la amenaza, de las mujeres de poblaciones rurales e indígenas en extrema pobreza, para cumplir las metas fijadas de reducción de la población. En varios otros países con grandes poblaciones y tasas de crecimiento rápido, como Bangladesh, Indonesia y Vietnam, también se utilizaron métodos coercitivos de menor grado (Sinding 2007, pág. 8). Por su parte, en China y en la India, se desarrollaron las más fuertes campañas a nivel mundial de control de natalidad, con consecuencias contundentes en términos económicos y, sobre todo, sociales.

Sin embargo, a pesar de las terribles consecuencias en términos de violación de derechos humanos básicos, lo cierto es que, salvo en los casos de medidas tremendamente coercitivas, los resultados de las políticas antinatalistas no han obtenido los resultados que se proponían (Li y Zhang, 2007). El informe sobre América Latina presentado por CEPAL(1998) y CELADE en la Conferencia Mundial sobre Población y Desarrollo de El Cairo de 1994, señalaba que el descenso de la fecundidad no había tenido la misma intensidad en todos los grupos sociales y que las tasas más altas de fecundidad seguían estando entre la población marginada, de lo que deducía la inequidad de los programas de planificación familiar. Los resultados de las políticas antinatalistas no han obtenido los resultados que se proponían y han sufrido graves críticas.

Pero, más allá de lo anterior, el crecimiento poblacional, incluso si fuera alto, no necesariamente es negativo. Más gente es igual a más oportunidades de ideas nuevas, de emprendimiento y de creatividad para, entre otras cosas, mejorar el bienestar y evitar que tanto la pobreza como el desempleo aumenten (Kremer, 1993).

La demografía no determina el destino del crecimiento económico, pero sin duda es un factor determinante para el potencial de crecimiento de una economía. El envejecimiento de la población, unido a la disminución de la tasa de natalidad en el mundo desarrollado, apunta a una disminución del crecimiento económico en el futuro. El aumento de la productividad puede disminuir el impacto de estos cambios en la población, y los avances tecnológicos son la fuente ideal de aumento de la productividad. Esto, sin embargo, es un arma de doble filo: Por un lado, el progreso tecnológico aumenta la productividad, pero al mismo tiempo puede eliminar puestos de trabajo por completo, lo que aumenta el desempleo. Serán los trabajadores que tengan conocimientos de informática y tecnología los que sobresalgan en la economía futura. A medida que la composición por edades de la fuerza laboral cambie en el futuro, también cambiará la composición de los tipos de empleos que la economía emplea (Hayes, 2018).

En el caso de la República Argentina la percepción de un crecimiento demográfico “descontrolado”, principalmente entre los sectores de menores recursos económicos, se ha transformado en los últimos años en una constante a nivel social. Según esta visión, el crecimiento desproporcionado de estos sectores limitaría las posibilidades de desarrollo de la Argentina en el mediano y largo plazo. Consecuentemente, en diversos círculos ha surgido con fuerza la propuesta de limitar el crecimiento poblacional de estos sectores mediante medidas de diverso tipo bajo el argumento de que el nacimiento de más niños en condición de extrema pobreza no sólo es perjudicial para ellos y sus familias, sino para la sociedad como un todo. Sin embargo, no se han realizado estudios profundos sobre la relación entre crecimiento demográfico y crecimiento económico, sobre las consecuencias del control demográfico o sobre la situación particular de la Argentina. Los debates al respecto han estado fundados en percepciones antes que en datos concretos.

El presente trabajo tiene como objetivo principal argumentar en contra de los controles demográficos planteados a nivel estatal. Para ello se plantean dos argumentos principales, no excluyentes entre sí, sino profundamente interconectados, a saber:

- A nivel teórico y empírico, aún no se ha encontrado una relación sólida entre el crecimiento demográfico y el crecimiento económico. Distintos modelos con supuestos de partida diversos llegan a conclusiones contradictorias entre sí. En otras palabras, si bien mientras que algunos autores plantean que un crecimiento desproporcionado de la población es perjudicial para el desarrollo económico, otros autores plantean lo contrario. Más bien, el consenso generalizado es que todo depende de las características particulares de la sociedad bajo análisis en cuestión y que la educación (que permite elevar los niveles de desarrollo tecnológico e innovación, impactando en un mayor desarrollo económico) es una variable interviniente clave que modera la relación entre ambos tipos de crecimiento.
- La Argentina en realidad cuenta con una “buena” tasa de fecundidad promedio y crecimiento demográfico en términos internacionales, cerca del promedio global. Con una tasa de fertilidad promedio de 2,2 hijos por mujer y una inmigración constante pero moderada, la Argentina encuentra en su tasa de crecimiento poblacional (que no implica decrecimiento ni una explosión demográfica descontrolada), una oportunidad antes que una amenaza.

Cada uno de estos argumentos se desarrolla en detalle en las secciones subsiguientes. Finalmente, a modo de conclusión y con una perspectiva práctica antes que meramente académica, se plantean una serie de “claves” para aprovechar el moderado crecimiento demográfico de la Argentina y que este pueda traducirse en términos de crecimiento económico y desarrollo social. Se propone que la difusión de la educación sexual y la provisión de métodos de autocontrol para promover el embarazo responsable, la inmigración como método de atracción de una pujante fuerza laboral y la educación como método de inclusión y promoción del desarrollo tecnológico y la innovación serán fundamentales para aprovechar las oportunidades que la Argentina tiene en el futuro. Mientras que otros países intentan luchar con las difíciles tareas de limitar o fomentar el crecimiento de su propia población, la tarea de la Argentina en los años por venir es de una índole distinta pero no por ello menos importante: *Educación sexual para decidir, educación formal para incluir.*

## 2. Relación entre crecimiento demográfico y crecimiento económico

La relación entre el crecimiento de la población y el crecimiento de la producción económica ha sido ampliamente estudiada por diferentes académicos (Heady & Hodge, 2009). Mediante estos distintos análisis de casos, se ha llegado a conclusiones que apuntan al mismo resultado, reflejando que, en un mayor desarrollo económico, la tasa de fertilidad es inversamente menor. Aun así, se ha comprobado que en el camino contrario se encuentran respuestas mucho más diversas y contradictorias.

Algunos autores ofrecen argumentos teóricos y pruebas empíricas para demostrar que un crecimiento demográfico robusto mejora el crecimiento económico, mientras que otros encuentran pruebas que apoyan la conclusión opuesta. Otros estudios descubren que los efectos varían con el nivel de desarrollo de un país, la fuente o naturaleza del crecimiento de la población, u otros factores que conducen a impactos no uniformes. Heady y Hodge (2009) señalan una amplia variación en los análisis empíricos de la relación entre el crecimiento de la población y el del ingreso per cápita debido a diferentes métodos, variables de control y otros factores. Estos pueden agruparse en tres grupos principales dependiendo de su evaluación del crecimiento de la población y de los resultados económicos, a saber, Efectos Negativos, Efectos Positivos y Sin Efectos.

Teniendo en cuenta que sigue siendo de suma importancia indagar si existe algún vínculo causal entre el crecimiento de la población y el crecimiento económico, no sólo para los demógrafos

y economistas, sino también para los responsables políticos (Chang et al, 2014), a continuación, se desarrollan las conclusiones de algunos de estos estudios empíricos y teóricos.

2.1. Hipótesis 1: Existe un efecto negativo del crecimiento poblacional sobre el crecimiento económico

El primer teórico que se hizo conocido por su teoría de la población es Thomas R. Malthus. Según Malthus (1798), supone que el crecimiento de la población disminuye el producto per cápita, porque el crecimiento del producto no puede mantenerse al mismo ritmo que el crecimiento de la población. El rápido crecimiento de la población resulta en dificultades para proporcionar alimentos, ropa, vivienda, transporte, educación, atención médica y empleo para la población. Más concretamente, el rápido crecimiento de la población: aumenta el consumo y reduce la acumulación de capital y la inversión; dificulta el aumento del nivel de vida de la población; significa una tierra cultivable per cápita aún más pequeña y una menor oferta de alimentos; resulta en el uso excesivo de los recursos naturales, incluyendo la energía, el agua y los bosques; y agrava la contaminación ambiental y empeora las condiciones de producción y de vida de la población. Según el clásico autor, para mantener el equilibrio natural de la población, especialmente el de los alimentos y el consumo, se necesitan controles preventivos (es decir, reducción de la fertilidad) y controles positivos (es decir, aumento de la mortalidad) sobre el crecimiento de la población.

Distintos autores retoman, con variantes, esta línea de pensamiento. En el modelo neoclásico de crecimiento, por ejemplo, Solow (1956) analiza a la población como una variable exógena y pensó que el crecimiento de la población sigue naturalmente un patrón aritmético en lugar de geométrico (a diferencia de lo planteado por Malthus). En base a esto, Solow (1956) construyó su modelo utilizando la tasa de crecimiento de la población y asumiendo que un crecimiento poblacional constante y natural es independiente de la dinámica económica. Según el autor, hay dos efectos distintos del cambio en la tasa de crecimiento de la población sobre el crecimiento de la producción. En su opinión, por un lado, un aumento en la tasa de crecimiento de la población incrementará la cantidad de mano de obra y, por lo tanto, el nivel absoluto de producción como la tasa de crecimiento constante de la producción. Por otro lado, también reducirá el capital físico por trabajador; y así, una disminución en la productividad y en la producción en estado estacionario por trabajador. Para simplificar la explicación, significa que un mayor crecimiento de la población per se sería perjudicial para el desarrollo económico.

Durante la década de los años 60, la relación entre población y desarrollo tomó auge a raíz de las acciones del control natal lideradas por los Estados Unidos. La idea más difundida era que los problemas de pobreza de un país se resuelven con la disminución del crecimiento demográfico. El embate ideológico que surgió de ese enfoque se resume en la frase célebre del entonces presidente de los Estados Unidos que decía que “*cinco dólares en control de la natalidad rinden más que cien en desarrollo*” (Fucaraccio, 1994: 73).

En ese momento, la opinión general de los economistas era que las altas tasas de natalidad y el rápido crecimiento de la población en los países pobres desviarían el escaso capital del ahorro y la inversión, lo que supondría un obstáculo para el desarrollo económico. Se planteó la hipótesis de que las familias más grandes tienen menos recursos agregados y menos recursos por niño; por lo tanto, las familias más numerosas distribuyen sus recursos de forma más dispersa para ayudar a más niños, lo que deja menor margen para el ahorro y la inversión en actividades que fomenten el crecimiento. Asimismo, esto también reduce el gasto en la mejora del potencial económico de cada niño (por ejemplo, a través de los gastos en educación y salud) (Fox y Dyson, 2018). Esta escuela de pensamiento implica que un mayor crecimiento de la población será perjudicial para el crecimiento económico, por lo que apoya las políticas de control de la población, especialmente en los países en desarrollo (Chang et al. 2014).

El trabajo de Coale y Hoover (1958) es ya un clásico por haber sugerido que la alta fecundidad obstaculiza el crecimiento del ingreso real per cápita. Esencialmente, el aumento de las tasas de fecundidad significa que los recursos de la economía deben repartirse entre un mayor número de personas. Esas personas crean valor, pero como la productividad tiene rendimientos marginales decrecientes, no crean lo suficiente per cápita extra como lo que consumen. Por lo tanto, tasas de natalidad más altas conducen a un aumento del Producto Interior Bruto per cápita en el corto plazo, pero a largo plazo a un PIB per cápita más bajo. En pocas palabras, ante recursos escasos a nivel familiar (y a nivel de la sociedad como un todo), una mayor cantidad de niños implica necesariamente menores recursos invertidos en cada uno de ellos y un menor sobrante para inversión en bienes de capital. Apoyando esta idea está el influyente modelo de Becker y Lewis (1973), quién sugiere que la disminución en la cantidad de niños inducirá a que se asignen más recursos a cada niño con el fin de que aumente la calidad media de los niños.

Este punto de vista, el cual se repitió en numerosos trabajos (Simon, 1981; Kuznets, 1967; Coale, 1978), sustentó el importante aumento de la financiación internacional para la planificación familiar en los decenios de 1960 y 1970, con el objetivo de reducir las tasas de

natalidad y, por ende, las tasas de crecimiento de la población. La disminución de la población sería así un paso necesario e importante hacia las condiciones de vida, porque aumentaría la disponibilidad de recursos per cápita (Easterlin, 1967). Según Toney et al. (1981), la posición malthusiana y neo-malthusiana recibieron un amplio consenso, con muy pocas excepciones.

Si bien en algunos círculos se comenzó a postular la idea de que en realidad no existía una correlación entre estas variables (e incluso la existencia de un efecto positivo del crecimiento poblacional sobre el crecimiento económico), en la década de 1990, los investigadores realizaron dos descubrimientos que cuestionaban estas ideas. En primer lugar, los análisis de la notable trayectoria económica de los países de Asia oriental a finales del siglo XX indicaron que una parte considerable de su impresionante crecimiento económico era atribuible a los altos niveles de ahorro e inversión facilitados por las anteriores disminuciones de las tasas de fecundidad (Bloom y Williamson, 1998; Mason, 2001). En segundo lugar, nuevas investigaciones sugirieron que, de hecho, existe una asociación negativa entre el crecimiento de la población y el desempeño económico (Fox y Dyson, 2018). Autores como Simon (1981), Mason (1988), Brander y Dowrick (1994) y Kelley (1995), Galor y Weil (1996) y Becker et al. (1990) sostuvieron la relación negativa entre las dos variables, resaltando los efectos sobre el ahorro, la inversión potencial en capital humano y físico y la dilución del capital y, por tanto, en la producción per cápita en estado estable. Birdsall y Sinding (2001), resumieron la nueva posición afirmando que "a diferencia de las evaluaciones de las últimas décadas, el rápido crecimiento de la población ha tenido un impacto negativo cuantitativamente importante en el ritmo del crecimiento económico agregado en los países en desarrollo".

La mayor parte de estos trabajos buscaron correlaciones entre ambas variables a través de estudios estadísticos sobre bases de datos. Barlow (1994), por ejemplo, que se basa en datos de 86 países y varios períodos, muestra que el crecimiento del ingreso per cápita está relacionado negativamente con el crecimiento de la población. Por otra parte, utilizando los datos de un panel de 107 países que cubre el período 1960-1985, Brander y Dowrick (1993) se encuentra que las altas tasas de natalidad parecen reducir el crecimiento económico a través de los efectos de la inversión y posiblemente a través de la "dilución del capital", aunque la dilución de los recursos del clasificado no es evidente en los datos. Sin embargo, lo más significativo es que las disminuciones de las tasas de nacimiento tienen un fuerte impacto positivo a medio plazo en el crecimiento de la renta per cápita.

Un estudio de caso interesante es el desarrollado por Suits y Madfin (1975). Tomando como caso empírico los resultados de la Política de Hijo Único de la República Popular China, sus resultados muestran que los valores económicos atribuibles al control de la natalidad han implicado ganancias sustanciales, teniendo en cuenta el aumento del capital bruto destinado a la producción (que supera el aumento de capital que podrían haber provisto más trabajadores bajo las mismas condiciones de capital físico) y el menor consumo total (a pesar de un pequeño aumento del consumo per cápita). En sus palabras, “la prevención de 40.000 nacimientos da como resultado un PBI lo suficientemente grande como para proporcionar a la población el mismo nivel medio de bienes y servicios reales per cápita que habrían obtenido de todos modos, con 12 millones de dólares restantes para hacer lo que quieran. En otras palabras, medido sobre esta base, el valor del programa de control de la natalidad es claramente de alrededor de \$300 por cada nacimiento prevenido”.

Por otro lado, y aprovechando el caso de China como experimento natural, Li y Zhang (2007), examinan mediante el método comparado el impacto de la tasa de natalidad en el crecimiento económico utilizando un conjunto de datos de panel de 28 provincias en China con distintos grados de aplicación de la política de hijo único a lo largo de veinte años. Sus resultados encuentran que la tasa de natalidad tiene un impacto negativo en el crecimiento económico, sugiriendo que la política de control de natalidad de China ha fomentado el crecimiento. Según los autores, su hallazgo es robusto, aunque se controle la correlación por otras variables demográficas e institucionales que podrían estar correlacionadas con el crecimiento.

En un estudio más reciente, que parte de la base de un recorrido histórico sobre los estudios previos sobre la relación entre crecimiento demográfico y crecimiento económico, Fox y Dyson (2018), proponen que los resultados dispares hallados en esta correlación parten de los distintos períodos que adoptan los investigadores para sus análisis. Según ellos, parte de la correlación negativa entre ambas variables estuvo oculta desde fines de la segunda guerra mundial por el boom de crecimiento experimentado a nivel internacional y el descenso de la mortalidad que acompañó al rápido crecimiento económico, pero que en última instancia no dependió de ese crecimiento. Cuando este episodio único de la historia económica mundial llegó a su fin en 1973, se reveló la asociación negativa subyacente entre las tasas de crecimiento demográfico y las tasas de crecimiento económico.

Según estos autores, en el largo plazo (cuando se considera el período entre 1950 y 2008), y cuando se controla por el PBI per cápita inicial, se encuentra una clara correlación negativa y

estadísticamente significativa entre ambas variables. Según los autores, con menos oportunidades de obtener ingresos, pero con el mismo número de niños y niñas, los hogares deben reducir el gasto; en algunos casos, incluso pueden necesitar sacar a los niños y niñas de la escuela y ponerlos a trabajar. En conjunto, esto se traduce en menores ahorros, menos inversión y una fuerza laboral que puede ser menos productiva (si tiene menos educación o no es saludable) (Fox y Dyson, 2018).

## 2.2. Hipótesis 2: Existe una relación positiva entre el crecimiento demográfico y el crecimiento económico

Si bien los estudios mencionados proponen un consenso respecto de que un crecimiento más lento de la población promueve el progreso económico en la mayoría de los países en desarrollo, los resultados se basan generalmente en un examen de los efectos a corto plazo. Más aún, en varios de ellos dadas las pruebas, no hubo resultados concluyentes sobre la intensidad de tal efecto. Además, se realizó constante énfasis en que el impacto de la población en el crecimiento económico varía de un país a otro, y de vez en cuando y de una situación a otra. Es así como, tal como señala Fucaraccio (1994: 74), aún no se han logrado conclusiones firmes y, por el contrario, se han realizado sólidas críticas al argumento sobre el efecto negativo del crecimiento de la población sobre el ahorro y la inversión.

Los primeros académicos conocidos por desafiar las teorías malthusianas desde un punto de vista económico fueron Kuznets, Quandt y Frideman (1960). Estos autores destacaron la eficacia del crecimiento de la población en los ciclos económicos, considerando que actividades principales llevadas a cabo por las personas como, la producción, el consumo y el ahorro, contribuirán al crecimiento económico.

Kuznets (1976) proporcionó más evidencia empírica sobre los efectos beneficiosos relacionados con el crecimiento de la población. El Premio Nobel de Economía 1971, afirma que “el aumento de la población es una característica distintiva y condición del crecimiento económico moderno” (Kuznets, 1973: 1-49). Cuando crece la población se multiplica el potencial del trabajo humano; todo lo contrario de lo que sostenía Malthus, y se hace posible el sostenimiento de las grandes industrias y de las llamadas “economías de escala”, que sólo son rentables en el seno de una sociedad de grandes dimensiones. Según este mismo investigador, “la prosperidad económica de una sociedad sólo se puede mantener si se conserva una población económicamente activa que sea más numerosa que la población no productiva (niños, enfermos, ancianos, jubilados). Los jóvenes deben tener un papel preponderante, ya que son la fuente de

vitalidad y dinamismo económico de la sociedad”. Entonces, el reducir los índices de natalidad es a largo plazo contraproducente. El aumento de población se considera como un “bono” que actúa en beneficio de la sociedad, por eso se habla del “bono poblacional”.

Kremer (1993) buscó también comprobar empíricamente que el aumento de la población se asoció con mayores tasas de crecimiento de la población y una mejora tecnológica más rápida, lo que es consecuencia del crecimiento de la población, y conduce a un aumento de la productividad laboral, el ingreso per cápita y la mejora de los niveles de vida. El enfoque principal de esta escuela de pensamiento ha cambiado del capital físico natural y reproducible al conocimiento. Por lo tanto, la producción fue teorizada para estar libre de los retornos decrecientes a escala que caracterizaron el análisis económico malthusiano. Según Espenshade (1978), el asesoramiento político derivado de esta escuela de pensamiento incluye el apoyo a la fertilidad y la inmigración en países con una población en declive o estacionaria.

Asimismo, el documento de Julian L. Simon, et al. (1981) se convirtió en un documento fundamental para cuestionar la visión pesimista de la relación entre la demografía y la economía. Los autores concluyeron que es probable que el crecimiento de la población ejerza un impacto neto positivo en el desarrollo económico de muchos países del Tercer Mundo a medio plazo. El mismo año, Simon (1981) publicó un libro titulado *The Ultimate Resource (El último recurso)*, en el que sostiene la idea de que una población creciente es más un beneficio que un costo y que la humanidad no se encamina hacia el agotamiento de sus recursos, porque tan pronto como un recurso en particular se vuelve escaso, su precio sube.

Según la mayor parte de los autores que apoyan esta perspectiva, la clave está en la capacidad de una mayor población de producir innovaciones tecnológicas. A medida que la población aumenta gradualmente, el progreso tecnológico se acelera ya que los países con una población más densa deberían tener una tecnología superior. Según Kuznets (1960), Simon (1977, 1981) y Aghion y Howitte (1992), una mayor población significa más inventores potenciales y mayores posibilidades de avance tecnológico. El consiguiente aumento del progreso tecnológico permite a la economía pasar a un segundo régimen, el llamado régimen "post malthusiano". Durante este régimen, los ingresos y el crecimiento de la población siguen estando positivamente correlacionados, pero ambos crecen a un ritmo más rápido debido al efecto de un progreso tecnológico más rápido. Una vez que se permite que el progreso tecnológico sea derivado en forma endógena en el modelo, el rol de la población en el crecimiento económico se vuelve neutral o incluso positivo (Romer, 1986, 1990; Jones, 1999).

Tapinos (1994), de conformidad con esa perspectiva, propone la existencia de un efecto positivo del crecimiento demográfico sobre la innovación y sobre su difusión. En esa perspectiva, el crecimiento económico no se toma sólo como un crecimiento de los actores de producción y un crecimiento de la productividad, sino especialmente como un proceso de transformación estructural que implica un cambio institucional (Romero, 1998). Bajo la misma lógica, según Galor y Weil (2000), una menor densidad de población conduce a un progreso tecnológico más lento. Por lo tanto, descubren que, a largo plazo, el control de la población se traduce en un estado estable de menor educación, un progreso tecnológico más lento y un crecimiento económico más lento.

Kelley y Schmidt (1995), por su parte, descubrieron que el marco temporal también tiene una influencia extremadamente importante al considerar el comportamiento de estas variables: la reducción de la natalidad tiene un impacto positivo inmediato en el crecimiento económico, mientras que, en unos quince años, el impacto se invierte. De manera similar, Birdsall declaró que el crecimiento rápido de la población puede frenar el desarrollo, pero sólo bajo circunstancias específicas y en general con efectos limitados o débiles (Birdsall, 1988). En línea con estos descubrimientos, un experimento realizado en Filipinas (llamado BACHUE) funcionó como modelo para simular la planificación económica, social, y demográfica. La principal conclusión que arrojó en relación a población y crecimiento económico fue que la caída rápida de la fecundidad no es una panacea para resolver problemas económicos y, más aún, tiene poco impacto en los resultados económicos y laborales, entre otros (Rodgers et al., 1977).

Este punto de vista contribuyó posiblemente a una caída importante en el financiamiento internacional de los programas de planificación familiar, a partir de la década de 1990 (Bongaarts y Sinding, 2009).

3.3. Hipótesis 3: No hay correlación alguna, los efectos son ambiguos o dependen del contexto

Varios otros estudios proponen, si bien no una relación positiva entre ambas variables, al menos la ausencia de un efecto directo o la presencia de efectos contrapuestos que interactúan entre sí de forma demasiado compleja para extraer conclusiones contundentes.

Según Simon (1989), la mayoría de los análisis empíricos no pueden probar un efecto causal negativo del crecimiento de la población o de la tasa de natalidad sobre el crecimiento económico. Una declaración más precisa del debate, que se encuentra en la influyente encuesta

de Kelley (2001), es que no existe una conclusión definitiva a partir del cuerpo de pruebas empíricas. Asimismo, según Romero (1998), la relación negativa entre la fecundidad y el ahorro de los hogares carece totalmente de verificación empírica robusta, por lo que el crecimiento demográfico, en sí mismo, no tiene por efecto inhibir el crecimiento demográfico.

Otros autores proponen la ausencia de conclusiones contundentes en base a la presencia de efectos contrapuestos difíciles de analizar. Según Galor y Weil (2000), una menor densidad de población conduce a un progreso tecnológico más lento, lo que ralentiza el crecimiento económico a largo plazo. Por otra parte, las restricciones de la fecundidad ofrecen incentivos para que los hogares aumenten la educación de sus hijos, lo que aumenta la acumulación de capital humano, que a su vez acelera el crecimiento económico. El análisis teórico muestra que, en respuesta a la intervención de control de población exógena, la población total disminuye, lo que produce un efecto negativo en el progreso tecnológico. Sin embargo, los niveles de educación superior a los que seguramente tengan acceso este menor número de hijos desencadenan un progreso tecnológico más rápido. Basándose en estas premisas, según los autores, no se puede concluir sin ambigüedades el efecto positivo o negativo de las políticas de control de natalidad y de una población reducida.

Otros autores proponen que los efectos entre estas variables varían según las circunstancias particulares de las sociedades que se estudian, resaltando la ausencia de un efecto uniforme pasible de ser estudiado únicamente mediante estudios estadísticos generalizados. Por ejemplo, Becker et al (1999) sugieren que el crecimiento de la población en las sociedades agrícolas de bajos ingresos ralentiza el crecimiento del ingreso per cápita debido a la disminución del rendimiento de la creciente fuerza de trabajo, haciendo un uso más intensivo de una base de recursos fijos, mientras que el crecimiento de la población en las economías urbanas de altos ingresos, puede dar lugar a un mayor crecimiento de los ingresos como resultado del aumento de los beneficios derivados de una mayor especialización y del crecimiento de las inversiones en capital humano (Petersonl, 2017). Por su parte, en un metaanálisis de estudios sobre el crecimiento económico y el crecimiento de la población, Heady y Hodge (2009) encontraron que la disminución de las tasas de crecimiento de la población en los países de ingresos altos disminuye el crecimiento económico, mientras que las altas tasas de crecimiento de la población en los países de ingresos bajos reducen su crecimiento económico.

Suits y Mardfin (1975) concluyeron en sus estudios que las tasas de natalidad tienen un impacto positivo en el crecimiento económico, pero la correlación se vuelve negativa cuando las tasas

de natalidad llegan a un cierto punto. Además, la relación parece de nuevo positiva en otro punto concreto. Hasta cierto punto, y en un contexto determinado, el resultado por lo tanto apoya el punto de vista neomalthusiano al mismo tiempo que sugiere que las altas tasas de natalidad no necesariamente obstaculizan el desarrollo económico. Esto significa, según los propios autores, que los gobiernos de todo el mundo deben desarrollar sus políticas de población de manera apropiada y adecuándose a sus propios contextos demográficos y económicos.

La labor empírica sobre los efectos del crecimiento demográfico en el crecimiento económico de determinados países ha generado resultados contradictorios. Sethy y Sahoo (2015) y Tumwebaze e Ijjo (2015) encuentran que el crecimiento de la población tiene un impacto positivo en el crecimiento económico per cápita en la India y en la región de África oriental y meridional. En contraste, Yao, Kinugasa y Hamori (2013) y Banerjee (2012) concluyen que existe una relación negativa entre la población y el crecimiento del PIB per cápita en China y Australia. Huang y Xie (2013) encuentran que el crecimiento de la población actual tiene un efecto negativo sobre el crecimiento económico, mientras que el crecimiento demográfico rezagado tiene un efecto positivo, de modo que no existe una relación a largo plazo entre estas variables.

Chang et al. (2014), buscaron probar el vínculo causal entre el crecimiento de la población y el crecimiento económico en 21 países durante el período 1870-2013, encontrando efectos complejos y muy diversos en los distintos casos: Encuentran una causalidad unidireccional desde el crecimiento de la población hasta el crecimiento económico en Finlandia, Francia, Portugal y Suecia; una causalidad unidireccional que va desde el crecimiento económico hasta el crecimiento de la población en Alemania, Canadá, Japón, Noruega y Suiza; y no se encuentra ninguna relación causal entre el crecimiento de la población y el crecimiento económico en Alemania, Bélgica, Brasil, Dinamarca, España, Nueva Zelandia, los Países Bajos, Sri Lanka, el Reino Unido, los Estados Unidos de América y Uruguay. Además, encuentran retroalimentación entre el crecimiento de la población y el crecimiento económico para Austria e Italia. Más aún, la división de la muestra en dos submuestras debido a una ruptura estructural arrojó resultados diferentes en las relaciones encontradas entre los distintos países. En síntesis, sus resultados empíricos tienen importantes implicaciones políticas para los 21 países estudiados y para los estudios de la relación entre estas variables en general, ya que se afirma las direcciones de la causalidad tienden a diferir de un país a otro y dependen del período de tiempo en cuestión (Chang et al. 2014).

Estos estudios en general parecerían demostrar entonces que el apoyo a las hipótesis malthusianas, a las hipótesis de correlación positiva o a la neutralidad en el nexo entre población y crecimiento económico, dependen en última instancia del momento histórico internacional y de la situación particular del país bajo estudio, entre otros tantos factores. En base a una amplia investigación sobre la correlación entre ambas variables podemos concluir que, paradójicamente, no hay conclusiones concretas. La dirección y la intensidad de esta relación depende de diversos factores lo suficientemente complejos como para ser modelados en estudios estadísticos o econométricos con resultados generalizables.

Sin embargo, vale la pena destacar que, en aquellos modelos que concluyen relaciones positivas entre el crecimiento poblacional y el desarrollo económico, la innovación figura como una variable interviniente fundamental para moderar la relación entre ambas, innovación que funda sus bases en la educación de la población más joven. En otras palabras, una población poco preparada y educada, crezca esta de forma paulatina o desmedida, tiene pocas probabilidades de funcionar como motor económico. Por el contrario, una población con elevados índices de educación y cultura emprendedora, que fomente la innovación, es clave para el desarrollo. Podría decirse entonces que la promoción de la inclusión a través de la educación es incluso más importante que el control demográfico que, como se ha visto, podría no tener consecuencias tangibles sobre el desarrollo, en tanto la conexión directa entre estas dos variables está lejos de haber sido probada con adecuados índices de confianza.

### 3. Las oportunidades de la Argentina en términos demográficos

Habiendo analizado la ausencia de una conexión causal fehacientemente comprobada entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico, a continuación se desarrolla el estado actual del desarrollo poblacional en la Argentina, dando cuenta de sus características principales que, en términos comparados con el resto del mundo, presentan una oportunidad antes que una amenaza para el desarrollo económico futuro del país.

Según el último informe de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el número de habitantes en América latina es de unos 615 millones de personas. Esa cifra supone casi el doble de la población registrada en 1975, cuando había 316 millones de individuos. La población latinoamericana siguió creciendo hasta sumar 512 millones en 2000 y se calcula que alcanzará 680 millones en 2025 y 779 millones en 2050. Ese crecimiento tendría un tope: 2060, cuando la tendencia comenzaría a descender, debido al envejecimiento poblacional, algo que ya está ocurriendo. En América Latina la tasa de fecundidad pasó

aceleradamente de seis a tres hijos por mujer en 25 años y actualmente el promedio de la región está por debajo de la tasa de reemplazo que alcanza a los 2,1 hijos por mujer. Si esta tendencia se mantiene, llegará un momento en que la población de la región comenzará a disminuir. Esto también implicará un envejecimiento general de la pirámide poblacional. El porcentaje de personas de 60 años o más en América Latina superará por primera vez a los menores de 15 años hacia el 2060, lo que provocaría una posterior caída de la población en la segunda mitad de este siglo (CEPAL, 2016).

En el caso de la Argentina, que en el último censo nacional contaba con 40.117.096 habitantes (INDEC, 2012), existe un mito de que el país cuenta cada vez con menos población relativa. Sin embargo, aunque en los últimos censos la tasa de crecimiento vegetativo se ha mantenido estable, las proyecciones de la ONU son auspiciosas para el país, que volverá a ocupar el tercer lugar de la región luego de Brasil y México. La tasa de crecimiento de la población argentina se ubica en la media del promedio global. El último censo de población y vivienda detectó entre 2001 y 2010 una expansión promedio acumulativo anual de 1,122%, superando por poco menos de nueve milésimas la tasa intercensal. Posiciona al país en el lugar 32 en población. Sin embargo, en términos de la tasa vegetativa de crecimiento, a un ritmo interanual levemente mayor al 1,036% acumulativo que surgía del censo de 9 años atrás, el país subió unos 8 puestos, para llegar apenas al puesto 111 entre los que más expande en términos relativos su población total, esto es, considerando la nativa y el efecto de las migraciones. La tasa de 1,122% se alinea con la que registra México (1,118%) y está levemente por debajo de la de Brasil (1,166%). Por el contrario, supera ampliamente a las que registran otros vecinos como Chile (0,856%) y, más aún, Uruguay (0,447%), mientras se mantiene por debajo de la de Paraguay, de 1,31% y de Venezuela, de 1,515%.

En otras palabras, con una tasa de fertilidad media de 2,25 hijos por mujer y una tasa de crecimiento del 1,12%, la Argentina presenta, según las estimaciones más recientes, un crecimiento moderado, cerca del promedio internacional y alejándose de los extremos de países altamente desarrollados (que han comenzado a disminuir el tamaño de su población) y de los países poco desarrollados con mayor tasa de crecimiento, tal como presentan varios países africanos. Dado que según la literatura teórica anteriormente discutida ambos extremos presentan problemas importantes en términos de desarrollo económico, puede decirse que la Argentina encuentra en su tasa de crecimiento actual un activo estratégico importante, que se presenta como una oportunidad antes que como una amenaza. Si bien se trata de un fenómeno complejo, en el que también hay que tener en cuenta otros factores, como la alta concentración

demográfica que presenta el país, la tasa de crecimiento total no debería ser, en principio, un asunto de preocupación.

En términos de composición de la pirámide demográfica, las estimaciones disponibles colocan a la Argentina entre los tres países más envejecidos de América Latina, con cerca del 10% de su población de ambos sexos compuesta por personas de 65 y más años, proporción muy similar a la de Cuba y varios puntos por debajo de Uruguay que es, de lejos, el país más envejecido de la región. Según Recchini de Lattes (1999), al momento de su investigación, la población ya estaba presenciando un proceso de envejecimiento y feminización, en tanto que la población mayor está creciendo más rápido que la población total y cambiando su composición por sexo. Se estima que este fenómeno continúa en la actualidad, aunque a tasas levemente inferiores.

En el futuro, si bien la pirámide poblacional no se revertirá por completo, encontrará un mayor equilibrio entre los jóvenes y las personas en edad laboral, a la vez que un mayor número de adultos mayores. Frente a esta realidad, la productividad laboral indefectiblemente deberá crecer de forma fuerte para mantener el equilibrio entre la producción, la población activa y la población no productiva.

En muchos países (incluso en América Latina y el Caribe) se está tomando conciencia de que las actuales tendencias de cambio apuntan en sentido contrario a las anteriores (multiplicación acelerada y rejuvenecimiento de la población), lo que exige readecuar las instituciones económicas y sociales para atender demandas hasta hace poco desconocidas. Los efectos de estas tendencias sobre el consumo, el ahorro, la inversión, la distribución del ingreso, la flexibilidad de la mano de obra, la oferta de servicios de variada índole, las relaciones intergeneracionales, la equidad social y de género y la gestión económica y sociopolítica, en general, configuran desafíos de gran envergadura en lo que respecta a la estructura, las funciones y el desarrollo de las sociedades. La Argentina no es ajena a estos cambios, por lo que deberá permanecer atenta a la dinámica demográfica y, sobre todo, a los cambios en la estructura laboral.

## 4. Las claves del futuro

### 4.1. Migración

La migración internacional es un fenómeno que tiene mucha menos influencia en los cambios poblacionales que los nacimientos y las muertes. Sin embargo, en algunos países y zonas, el impacto de la migración en las dimensiones de la población es significativo.

Buena parte del crecimiento demográfico que le permite a la Argentina mantenerse bien posicionada en términos relativos respecto de otros países de la región se debe a los inmigrantes. El crecimiento vegetativo en Argentina es de solo un 1 %, entonces la explicación para esa décima y un cuarto (un número altísimo en términos demográficos) que lleva al 1,122 % se relaciona con un fenómeno histórico en el país: la inmigración, de la que tantos argentinos son hijos o nietos. En la Argentina residen actualmente unas 2 millones de personas nacidas en el extranjero, según las últimas proyecciones, representando el 4,5 % de la población, lo que lleva a nuestro país a ocupar el número 29 en el ranking mundial y el segundo en América Latina después de Costa Rica (en Chile no llega al 2%, en Brasil, apenas al 0,5%) (Rocha, 2017).

Según Recchini de Lattes (1999), el caso argentino ha permitido mostrar uno de los casos latinoamericanos de mayor envejecimiento de la población, en el que a los roles de la reducción de los niveles de fecundidad y mortalidad se agrega, de manera determinante en los últimos tres cuartos de siglo, la migración internacional. Si ésta disminuye en las próximas décadas, la dinámica demográfica se simplificará y el envejecimiento futuro del país como un todo estará determinado por los cursos futuros de la fecundidad y la mortalidad, tal como ocurre en otras poblaciones con migraciones internacionales nulas o desdeñables. Si, por el contrario, en este mundo cada vez más globalizado y desequilibrado las migraciones internacionales continúan a jugar un rol en éste y otros países, habrá que agregar las migraciones a los modelos habituales de análisis del envejecimiento en que las dos variables que cuentan son la fecundidad y la mortalidad.

En otras palabras, la inmigración puede ser para la Argentina un activo estratégico vital en el corto, mediano y largo plazo, que podría venir a revertir las problemáticas a las que deberá enfrentarse el país en caso de seguir disminuyendo su tasa de fertilidad. Los inmigrantes, sobre todo los más calificados en términos educativos, deberían ser bienvenidos; especialmente porque quienes llegan a la Argentina son personas jóvenes que luego tienen hijos ya argentinos. Estos incluso podrían ayudar a sostener el presionado sistema previsional si trabajan en blanco.

#### 4.2. Educación sexual y provisión de instrumentos para autocontrol

Si bien es cierto que no existe una relación directa entre el tamaño total de la población y el crecimiento económico, también es posible argumentar que el crecimiento de una parte de la población poco preparada para el mercado laboral presente y futuro no solo es negativo para el país como un todo, sino principalmente para estos mismos niños y sus familias. Sin embargo,

con las herramientas adecuadas, las familias pueden decidir mejor y acercar sus acciones a sus propios ideales. En este sentido, lejos de apelar al neomalthusianismo y muchos menos a los controles forzados de población (que, ya se ha demostrado, han sido siempre poco efectivos y con graves consecuencias), si es aceptable y recomendable el fomento de la educación sexual para animar un crecimiento poblacional responsable. Mientras que se debe evitar recurrir a los controles demográficos estrictos (que suelen tender a soluciones autoritarias y burocráticamente controladas), controles sobre los que aquellos países que los han ejecutado en general se arrepienten, debe considerarse seriamente una mayor difusión de la educación sexual y la provisión de métodos anticonceptivos no invasivos.

Según Hania Zlotnik, Directora de la División de Población de la Organización de las Naciones Unidas, "cuando las personas y las parejas tienen la posibilidad de decidir cuántos hijos desean tener, por lo general optan por una cantidad mucho menor de la que solían tener antes". En este sentido, proporcionar a las personas la información y los medios para alcanzar sus objetivos reproductivos -sin ningún tipo de interferencia o coerción- tiene consecuencias importantes para el desarrollo económico y social (ONU, 2009). Si se provee a las mujeres las herramientas que necesitan -educación, empleo, anticonceptivos, abortos seguros- entonces tomarán las decisiones correctas que beneficien a la sociedad. Este enfoque traslada el centro de la decisión desde el Estado, que deja de ejercer un "control" concentrado, hacia las familias y los individuos, reconociendo que son las personas, en tanto estén bien formadas e informadas sobre las consecuencias de sus actos y tengan los medios disponibles para decidir, las que tienen una mejor capacidad de tomar decisiones sobre cuántos hijos tener o sobre si tener hijos, en primer lugar.

La planificación familiar permite a las personas tomar decisiones informadas sobre su salud sexual y reproductiva. La planificación de la familia representa una oportunidad para que las mujeres sigan estudiando y participen en la vida pública, incluido el empleo remunerado en organizaciones no familiares. Además, tener familias más pequeñas permite a los padres invertir más en cada niño. Vale resaltar en este sentido que los niños con menos hermanos tienden a permanecer en la escuela más tiempo que los que tienen muchos hermanos (OMS, 2018).

Además de permitir la planificación familiar, la difusión consciente de la educación sexual y el uso de métodos anticonceptivos no invasivos entre la población en general, lo que refuerza el derecho de las personas a determinar el número y espaciamiento de sus hijos, tiene otros efectos colaterales positivos: reduce la necesidad de abortos (especialmente abortos clandestinos e

inseguros), previene la muerte de madres (Las pruebas sugieren que las mujeres que tienen más de cuatro hijos corren un mayor riesgo de mortalidad materna) e hijos y disminuye la mortalidad infantil y ayuda a prevenir la transmisión de infecciones de transmisión sexual. En otras palabras, la capacidad de una mujer para elegir si quedar embarazada y cuándo quedar embarazada tiene un impacto directo en su salud y bienestar (OMS, 2018).

La planificación familiar permite también retrasar los embarazos en las mujeres jóvenes con mayor riesgo de problemas de salud y muerte por maternidad temprana. Las adolescentes embarazadas tienen más probabilidades de tener bebés prematuros o de bajo peso al nacer y los bebés nacidos de adolescentes tienen tasas más altas de mortalidad neonatal. Además, muchas adolescentes que quedan embarazadas tienen que abandonar la escuela, lo que tiene implicaciones a largo plazo para ellas como individuos, sus familias y comunidades. La planificación familiar ayuda asimismo a prevenir los embarazos en mujeres mayores que enfrentan riesgos de salud relacionados con este. En resumen, se puede concluir que la promoción de la planificación de la familia -y garantizar el acceso de las mujeres y las parejas a los métodos anticonceptivos preferidos- es esencial para garantizar el bienestar y la autonomía de las mujeres, al tiempo que se apoya la salud y el desarrollo de las comunidades (OMS, 2018).

Según el Informe Estado de la Población 2010 realizado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas, en el último decenio se ha aumentado el uso de anticonceptivos y han disminuido las tasas de natalidad en adolescentes, pero aun así no se logra un acceso universal a los servicios de control de salud reproductiva (UNFPA, 2010). La ONU estima que hoy en día hay alrededor de 225 millones de mujeres que no quieren quedar embarazadas, pero que no están utilizando medios seguros y eficaces de planificación familiar. Las razones para esto incluyen: acceso limitado a los anticonceptivos, especialmente entre los jóvenes, los segmentos más pobres de la población o las personas solteras; miedo o experiencia de efectos secundarios; la oposición cultural o religiosa; mala calidad de los servicios disponibles; sesgo de usuarios y proveedores; y barreras de género (OMS, 2018). En Asia y América Latina y el Caribe -regiones con una prevalencia relativamente alta de anticonceptivos- los niveles de necesidad insatisfecha son del 10,2% y el 10,7%, respectivamente (ONU, 2015).

En la Argentina, a pesar de encontrar leyes nacionales que obligan a la difusión de la educación sexual y el acceso gratuito y sin discriminación de ningún tipo a los métodos anticonceptivos, aún existe una importante brecha al respecto para cubrir, principalmente entre la población de menores recursos económicos.

La Ley 26.150 sobre Programa Nacional de Educación Sexual Integral (ESI) establece que “todos los educandos tienen derecho a recibir educación sexual integral en los establecimientos educativos públicos, de gestión estatal y privada de las jurisdicciones nacional provincial y municipal” (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2006). No obstante, en la práctica se muestra deficiente: el Informe de Resultados de Secundaria de la evaluación Aprender del 2017 muestra a la Educación Sexual como el tema principal que la escuela debería abordar o enseñar y no lo hace (Ministerio de Educación, 2017). Congruente con la evaluación, el Informe ESI de la Fundación Huésped del año 2017 establece que no existe un conocimiento homogéneo de la Ley ESI y es el caso de la Ciudad de Buenos Aires el que muestra un mayor conocimiento del asunto. Además, el informe muestra que en términos de capacitación docente, sólo la mitad de los maestros encuestados asegura haberla recibido (Fundación Huésped, 2017).

En este marco es evidente interpretar que luego de 13 años de la sanción de la Ley existe una falta de compromiso por parte de las autoridades locales o provinciales en cumplimentar la reglamentación establecida, cuestión que a su vez se ve profundizada a partir de sus orientaciones partidarias, ideológicas y hasta religiosas. Las mismas resistencias también surgen en el ámbito familiar y escolar.

Con respecto a la salud sexual en Argentina, las Leyes 25.673 de Salud Sexual y Procreación Responsable y 26.130 (de anticoncepción quirúrgica) regulan tal área (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2002). Similar al caso de la Ley 26.150, la realidad muestra que existe una práctica dispareja entre las provincias: hay una conceptualización imprecisa de los programas provinciales de salud reproductiva y esto lleva a una aplicación desigual a lo largo del país (Meng, 2006).

#### 4.3. Educación formal y promoción de una cultura de innovación

Como se ha reiterado numerosas veces a lo largo del presente trabajo, aún no hay conclusiones certeras sobre las consecuencias económicas del crecimiento poblacional; en última instancia, mucho depende del territorio y los recursos disponibles a nivel nacional. Sin embargo, una premisa básica del crecimiento económico es la necesidad de contar con capital humano capacitado para proyectar crecimiento en el largo plazo, especialmente en una economía internacional que, cada vez más, se rige por el conocimiento.

La tasa de crecimiento del PIB es igual a la tasa de crecimiento de la población más la tasa de crecimiento de la productividad a largo plazo sin otros cambios estructurales. En sociedades

con recursos adecuados para capacitar a los niños para que sean productivos (y con el compromiso de utilizar esos recursos para esa capacitación), una tasa de natalidad elevada equivale a un mayor crecimiento económico a largo plazo. En las sociedades que carecen de recursos suficientes para capacitar a los niños (o sociedades que optan por no capacitar a los niños) para que sean productivos, una alta tasa de natalidad no hace más que agravar los problemas de pobreza existentes.

Hay pruebas bastante sólidas de que existe una estrecha relación entre las inversiones en capital humano y el crecimiento. Dado que el capital humano es la expresión de conocimientos y competencias, y que el desarrollo económico depende de los avances de los conocimientos tecnológicos y científicos, es de suponer que el desarrollo depende de la acumulación de capital humano. También hay pruebas circunstanciales considerables de que los países crecen más rápidamente cuando la educación y otras aptitudes son más abundantes (Becker et al. 1990).

En consonancia con esto, una de las razones por las que la economía mundial ha seguido creciendo a pesar del pronóstico ominoso sobre varias sociedades (como la disminución del tamaño poblacional en las economías más desarrolladas y la explosión demográfica descontrolada en países de escasos recursos) es debido a los avances en la tecnología que han dado un impulso a la productividad laboral. En otras palabras, incluso con menos personas trabajando, cada trabajador se ha vuelto más productivo. Sin embargo, desde la crisis financiera de 2008, el crecimiento interanual de la productividad se ha ralentizado. Es evidente que, para mantener el crecimiento económico, es necesario que la tasa de natalidad aumente en gran medida o que la productividad siga aumentando. Cuando la población de un país deja de crecer, su economía todavía puede expandirse, pero el ritmo a largo plazo se limitaría a la velocidad a la que aumenta la productividad, es decir, la producción por hora trabajada. Para aumentar la productividad, los trabajadores deben trabajar más duro, o la tecnología debe avanzar para que cada trabajador pueda contribuir con un mayor rendimiento económico sin sacrificar su calidad de vida (Hayes, 2018).

El progreso tecnológico, por lo tanto, se encuentra en el corazón de la economía del futuro y de los tipos de empleos que emplearán a la fuerza laboral. Ser capaz de interactuar eficazmente con la tecnología, si bien es importante ahora, se convertirá en algo primordial. Aquellos individuos que no tienen competencia en programación de software, hardware de computadoras, redes u otras facetas del sector de TI serán menos importantes en la nueva economía. Mientras que muchas personas perderán sus empleos a causa de la tecnología, las

personas que se han formado a sí mismas en las habilidades pertinentes estarán en una situación ventajosa (Hayes, 2018).

Por ejemplo, según Turner (2018), la actual tendencia a la baja de la tasa de fecundidad de los Estados Unidos sería preocupante para el futuro de la principal potencia internacional si el fuerte crecimiento y la confianza económica requirieran una mano de obra más numerosa. Sin embargo, hace décadas que los Estados Unidos han transitado de una economía mano de obra intensiva a una basada principalmente en la producción y explotación de la innovación y el conocimiento.

Por su parte, China también podría evitar las consecuencias del envejecimiento poblacional que se proyectan para la economía del país en el mediano y largo plazo reconvirtiendo su modelo de desarrollo hacia un modelo intensivo en capital intelectual, proceso que ya ha comenzado hace varios años y está dando sus frutos. China deberá seguir centrándose en la investigación y el desarrollo científico y tecnológico y mejorando la calidad de su mano de obra para compensar la disminución de esta. Hay optimismo en cuanto a que el aumento de los niveles de automatización y la aparición de la inteligencia artificial ayudarán a compensar cualquier déficit. Se espera que el mercado de la IA por sí solo impulse un crecimiento del PIB de 7 billones de dólares para 2030, y las inversiones de China en robótica y automatización seguramente mantendrán al país como un centro de fabricación en el futuro, incluso si esas fábricas están equipadas con robots en lugar de trabajadores (ONU 2017).

Sin embargo, para evitar la expansión de una clase social desempleada (y tal vez inempleable), China deberá realizar importantes esfuerzos para lograr una fuerza laboral cada vez más preparada para enfrentarse al nuevo mundo. En estos tiempos de creciente expansión del conocimiento y de profundas transformaciones tecnológicas, los mencionados procesos apuntan hacia el surgimiento de posibles dificultades para el re-entrenamiento de la fuerza de trabajo de mayor edad, conocidas las reticencias, y en ocasiones los obstáculos, que opone la mayoría de las personas maduras a la adopción de nuevos procedimientos y tecnologías y a la movilidad geográfica y ocupacional que podría ser necesaria. Lo anterior apunta a otro efecto negativo derivado del envejecimiento demográfico (Zeng y Hesketh, 2018). Será urgente para China afrontar tales consecuencias. La Argentina afrontará en el futuro cercano procesos similares, por lo que estar preparados en términos de educación será fundamental.

Asimismo, bajo el objetivo de disminuir la falta de preparación de una parte importante de la población, que se sigue expandiendo, además de la planificación familiar, uno de los medios

más efectivos y más sencillos para reducir la tasa de natalidad consiste en ofrecer a las niñas una formación más prolongada y de mayor calidad (CEPAL, 2010). Cuanto más tiempo van a la escuela las niñas, tantos menos hijos van a tener. En otras palabras, la educación no solo es fundamental a la hora de educar a la fuerza laboral actual, sino que también tiene impacto directo sobre el tamaño y la composición de la población del futuro.

Sin embargo, en la Argentina, las falencias en términos de educación presentan un patrón poco alentador frente a estos procesos. Según el Observatorio de la Deuda Social Argentina (2019), la dimensión relativa al acceso a “recursos educativos” presenta una evolución relativamente estable a nivel de los hogares durante los últimos años, afectando a una proporción que oscila entre el 29 y el 33% de los hogares. En este sentido, se puede afirmar que al año 2019, 1 de cada 3 hogares tiene al menos un integrante en edad de escolaridad obligatoria que no asiste a instituciones educativas formales o al menos un adulto que no cumple con un nivel mínimo educativo mínimo establecido por la normativa vigente. El indicador que contribuye en mayor medida al déficit en la dimensión es el rezago educativo de nivel medio, que afecta principalmente a la población joven que no ha finalizado el nivel secundario. Según este informe, 3 de cada 10 hogares registran algunos de estos problemas: 3% de los niños de entre 4-17 años no asiste a la escuela, 23% de los jóvenes no terminó el secundario y 10% de los adultos no terminó el primario (ODSA, 2019).

Esta situación, inaceptable en términos sociales, se presenta como una deuda estructural con la infancia y la adolescencia, que nos interpela como sociedad y requiere de acuerdos de largo plazo que involucren a todos los actores políticos, acompañados de una sociedad civil movilizadora y de un compromiso de las máximas autoridades del Poder Ejecutivo. Los niños, niñas y adolescentes son los últimos responsables de la situación económica y, sin embargo, están sufriendo (y sufrirán en los años venideros en caso de no estar adecuadamente preparados) sus consecuencias de una forma tanto o más grave que otros grupos etarios. La infancia es el momento más oportuno para romper el ciclo de la pobreza, o para impedir que este ciclo comience. Frente al aumento en la necesidad de prestaciones y apoyos sociales en salud, nutrición, educación, cuidado y protección es indispensable mantener y expandir el gasto público destinado a niños, niñas y adolescentes para amortiguar los shocks económicos en los hogares más vulnerables (UNICEF, 2019).

Además, en respuesta a quienes proponen controles de natalidad desde una perspectiva estatal, diversos análisis empíricos han demostrado una correlación directa y sólida entre el desarrollo

económico como variables independientes y las tasas de natalidad como variable dependiente. En otras palabras, los países ricos y desarrollados tienden a tener tasas de natalidad más bajas (García, 2019). La misma relación puede hallarse al interior de cada país, donde las clases socioeconómicas más altas suelen tener menor cantidad de hijos. En una conferencia de población de las Naciones Unidas celebrada en 1974 en Bucarest, Karan Singh, ex ministro de población de la India, ilustró esta tendencia afirmando de forma contundente que "*el desarrollo es el mejor anticonceptivo*" (UNFPA, 1994). En términos políticos, esto implica que la inversión en educación y desarrollo de las clases socioeconómicas más bajas (que suelen ser acusadas de un crecimiento poblacional desproporcionado), tendrá consecuencias mucho más sólidas en reducir las tasas de natalidad que la inversión en métodos "duros" de control demográfico. Estos, ya se ha demostrado, suelen tener graves consecuencias en términos de composición demográfica y derechos humanos, pero pocas veces han logrado alcanzar sus objetivos.

Asimismo, y en consonancia con el argumento aquí presentado a favor de la inversión en educación, según De la Croix y Doepke (2002), una alta desigualdad de ingresos y el acceso limitado a la educación (principal herramienta de ascenso social), tiene consecuencias directas sobre el crecimiento poblacional de un país. Según estos autores, el diferencial de fertilidad entre familias ricas y pobres, principalmente en sociedades con acceso restringido a la educación, es esencial para entender cómo la distribución del ingreso de un país afecta su tasa de crecimiento económico.

Suponiendo que se identifique el capital humano con la educación, el capital humano futuro es un promedio ponderado de la educación de los niños de hoy de familias de diferentes grupos de ingresos, con las ponderaciones dadas por las tasas de fecundidad específicas de los ingresos. Los padres pobres tienden a tener muchos hijos y a proporcionar poca educación. Si la diferencia de fecundidad entre ricos y pobres es grande (y la inversión social en educación igualitaria es escasa), se da más peso a los niños con poca educación, lo que reduce la educación media. El diferencial de fecundidad, a su vez, es una función de la distribución del ingreso. Si el diferencial aumenta con la desigualdad, los países con mayor desigualdad acumularán menos capital humano y, por lo tanto, crecerán más lentamente. En otras palabras, el aumento de la desigualdad reduce la educación media y, por lo tanto, el crecimiento. Los resultados de su trabajo sugieren que lo importante no es el crecimiento general de la población, sino la distribución de la fecundidad dentro de la población. En otras palabras, en sociedades donde el

acceso y la calidad de la educación dependen principalmente de los progenitores, quién está teniendo a los niños importa más que cuántos niños hay en total (De la Croix y Doepke, 2002)

Dado que la fertilidad diferencial y no la desigualdad per se es la principal fuente de los efectos del crecimiento, no está claro que las políticas redistributivas vayan a aumentar el crecimiento económico. De hecho, un resultado típico en los modelos con fecundidad endógena es que la redistribución del ingreso tiende a aumentar los diferenciales de fecundidad, lo que reduciría la tasa de crecimiento. En este caso, las implicaciones políticas de este modelo contrastan fuertemente con otras teorías que vinculan la desigualdad y el crecimiento. En comparación con la redistribución de los ingresos, las políticas encaminadas a igualar el acceso a la educación serían más eficaces (De la Croix y Doepke, 2002).

Como se ha visto, la relación entre el crecimiento demográfico desproporcionado y el crecimiento económico no encuentra una posición consensuada: algunos teóricos consideran que tiene un efecto negativo (Malthus, Coale y Hoover), otros que tienen uno positivo (Kuznets, Quandt y Friedman) e inclusive autores que no encuentran correlación alguna (Simon, Kelley, Romero). Además, en vistas de la situación actual de la Argentina, el crecimiento demográfico representa una oportunidad para el desarrollo económico del país. La implementación de políticas públicas de difusión de la educación sexual, de inmigración continua pero controlada y de inversión en educación formal son clave para superar los problemas endémicos de la exclusión social argentina. En conclusión, la clave del éxito económico para un país de alta desigualdad como la Argentina se reduce a una simple pero profunda lección: *mejor educación para muchos más*.

## Bibliografía

AGHION, P. y HOWITT, P. (1992). A Model of Growth Through Creative Destruction. *Econometrica*, 60(2), pp. 323-351.

BANERJEE, R. (2012). Population growth and endogenous technological change: Australian economic growth in the long run. *Economic Record*, 88, pp. 214-228.

BARLOW, R. (1994). Birth Rate and Economic Growth: Some More Correlations. *Population and Development Review*, 20, pp. 153-165.

BECKER, G. S. y LEWIS, H. G. (1973). On the Interaction between the Quantity and Quality of Children. *Journal of political Economy*, 81(2), pp. S279-S288.

BECKER, G. S., GLAESER, E. L. y MURPHY, K. M. (1999). Population and economic growth. *American Economic Review*, 89(2), 145-149.

BECKER, G. S., MURPHY, K. M. y TAMURA, R. (1990). Human Capital, Fertility, and Economic Growth. *Journal of Political Economy*, 98(5), pp. S12-S37.

BIRDSALL, N. (1988). *Economic approaches to population growth. Handbook of Development Economics*, pp. 477-542.

BIRDSALL, N., KELLEY, A. C., SINDING, S. W. y SINDING, S. (Eds.). (2001). *Population matters: demographic change, economic growth, and poverty in the developing world*. Oxford: Oxford University Press.

BONGAARTS, J. y SINDING, S. W. (2009). A Response to Critics of Family Planning Programs. *International Perspectives on Sexual and Reproductive Health*, 35(1). Recuperado de: <https://www.guttmacher.org/journals/ipsrh/2009/03/response-critics-family-planning-programs>.

BOURGEOIS PICHAT, J. (1989). From XXth to XXIst century: Europe and its population beyond year 2000. *Population*, 1, pp. 57-90.

BRANDER, J. A y DOWRICK, S. (1994). The Role of Fertility and Population in Economic Growth: Empirical Results from Aggregate Cross-National Data. *Journal of Population Economics*, 7(1), pp. 1-25.

CAI, Y. (2010). China's Below-Replacement Fertility: Government Policy or Socioeconomic Development?. *Population and Development Review*, 36(3), pp. 419-440.

CEPAL (2000). *Juventud, población y desarrollo: problemas, oportunidades y desafíos* (LC/G.2113-P).

CEPAL (2016). La población de América Latina alcanzará 625 millones de personas en 2016, según estimaciones de la CEPAL. Recuperado de: <https://www.cepal.org/es/noticias/la-poblacion-america-latina-alcanzara-625-millones-personas-2016-segun-estimaciones-la>

CEPAL. (1998). *América Latina y el Caribe: Examen y evaluación del programa de acción de la conferencia internacional sobre población y desarrollo* (LC/DEM/G.184). Recuperado de: <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/22451>.

CHANG, T., CHU, H. P., DEALE, F. W., GUPTA, R. y MILLER, S. M. (2017). The relationship between population growth and standard-of-living growth over 1870–2013: evidence from a bootstrapped panel Granger causality test. *Empirica*, 44(1), pp. 175-201.

COALE, A. J. y HOOVER, E. M. (1958). Population and Economic Development in Low-Income Countries. *The American Economic Review*, 49(3), pp. 436-438.

COALE, A. J. y TRUSSELL, T. J. (1978). Finding the two parameters that specify a model schedule of marital fertility. *Population Index*, pp. 203-213.

DE LA CROIX, D. y DOENKE, M. (2002). *Inequality and Growth: Why Differential Fertility Matters*.

EASTERLIN, R. A. (1967). Effects of Population Growth on the Economic Development of 18 Developing Countries. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 369(1), pp. 98-108.

EHRlich, I. y FRANCIS, L. (1991). Intergeneration Trade, Longevity, and Economic Growth. *Journal of Political Economy*, 99(5), pp. 1029-1059.

ESPENSHADE, T. J. y SEROW, W. J. (Eds.). (2013). *The economic consequences of slowing population growth*. Elsevier.

FONDO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA INFANCIA. (2019). *Los efectos de la situación económica en las niñas, niños y adolescentes en Argentina. Una aproximación cualitativa*. Buenos Aires: UNICEF.

FOX, S. y DYSON, T. (2018). *Part 1: Is population growth good or bad for economic development?*. Recuperado de: <https://www.theigc.org/blog/is-population-growth-good-or-bad-for-economic-development/>.

FOX, S. y DYSON, T. (2018). *Part 2: Is population growth good or bad for economic development?*. Recuperado de: <https://www.theigc.org/blog/part-2-is-population-growth-good-or-bad-for-economic-development/>.

FUCARACCIO, A. (1994). Temas de Población y Desarrollo. En BENITEZ, C. y RAMÍREZ, R., *Políticas de Población en Centroamérica, el Caribe y México*. México DF: INAP/UNAM/PROLAP.

FUNDACIÓN HUÉSPED (2017). *Informe sobre el Impacto de la Ley Nacional de Educación Sexual Integral (ESI)*.

GALOR, O., y WEIL, D. (1996). The Gender Gap, Fertility and Growth. *American Economic Review*, 86(3), pp. 374-387. Recuperado de: <https://www.nber.org/papers/w4550>.

GALOR, O., y WEIL, D. (2000). Population, Technology, and Growth: From the Malthusian Regime to the Demographic Transition and Beyond. *American Economic Review*, 90(4), pp. 806-828.

GARCÍA, J. E. (2019). ¿Por qué los países pobres tienen más hijos y los ricos menos? *LibreMercado*. Recuperado de: <https://www.libremercado.com/2018-04-19/por-que-los-paises-pobres-tiene-mas-hijos-y-los-ricos-menos-1276617221/>

GIESBRECHT, M. G. (1971). Women versus the Malthusian Trap: The Cosmetic Motive for Birth Control. *Journal of Political Economy*, 79(2), pp. 338-344.

GOMA, D. (2011). ¡No más niños!: Análisis y balance de la política china del Hijo Único treinta años después de su implantación. *Revista Electrónica De Geografía Y Ciencias Sociales*, 15.

HARTMANN, AMKE y MAREIKE (2010). *Fertility and Economic Growth: How does the fertility rate influence economic growth in developing countries?*

HAYES, A. (2018). *How Demographics Drive The Economy*.

HEADEY, D. D. y HODGE, A. (2009). The effect of population growth on economic growth: análisis of the macroeconomic literature. *Population and Development Review*., 35(2), pp. 221-248.

HUANG, T. y XIE, Z. (2013). Population and economic growth: A simultaneous equation perspective. *Applied Economics*, 45(27), pp. 3820-3826.

INDEC (2012). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Recuperado de: [https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/poblacion/censo2010\\_tomo1.pdf](https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/poblacion/censo2010_tomo1.pdf)

JONES, CHARLES, I. (1999). Growth: With or Without Scale Effects?. *American Economic Review*, 89(2), pp. 139-144.

KELLEY, A. C. y SCHMIDT, R. M. (1995). Aggregate population and economic growth correlations: the role of the components of demographic change. *Demography*, 32(4), pp. 543-555.

KELLEY, A. C. y SCHMIDT, R. M. (1996). Saving, dependency and development. *Journal of Population Economics*, 9(4), pp. 365-386.

KELLEY, A. C., y SCHMIDT, R. M. (2001). Economic and demographic change: A synthesis of models, findings and perspectives. En BIRDSALL, N., KELLEY, A. y SINDING, S. (Eds.), *Population matters: Demographic change, economic growth, and poverty in the developing world* (pp. 67-105). Nueva York: Oxford University Press.

KREMER, M. (1993). Population Growth and Technological Change: One Million B.C to 1990. *The Quarterly Journal of Economics*, 108(3), pp.681-716.

KUZNETS, S. (1960). Population change and aggregate output. En ROBERTS, G., *Demographic and Economic Change in Developed Countries* (pp. 324-351). Princeton: Princeton University Press.

KUZNETS, S. (1973). Modern economic growth: findings and reflections. *The American economic review*, 63(3), pp. 247-258.

KUZNETS, S. (1976). Demographic aspects of the size distribution of income. *Economic Development and Cultural Change*, 25(1), pp. 1-94.

KUZNETS, S., QUANDT, R. y FRIEDMAN, M. (1960), Population Change and Aggregate Output. *Demographic and Economic Change in Developed Countries*. Nueva York: National Bureau of Economic Research,

LI, H. y ZHANG, J. (2007). Do High Rates Hamper Economic Growth?. *The Review of Economic and Statistics*, 89(1), pp. 110-117.

MALTHUS, T. R. (1798). *An Essay on the Principle of Population*. Londres: J. Johnson.

MASON, A. (1988). Saving, Economic Growth, and Demographic Change. *Population and Development Review*, 14(1), pp. 113-144.

MASON, A. (2001). *Population change and economic development in East Asia: Challenges Met, Opportunities Seized*. Stanford: Stanford University Press.

MENG, G. (2006). Ley de Salud Sexual y Procreación Responsable argentina ¿una política de género?. PETRACCI, M. y RAMOS, S., *La política pública de salud y derechos sexuales y reproductivos en la Argentina: aportes para comprender su historia*. Buenos Aires: CEDES.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN (2017). *Aprender 2017: Informe de Resultados de Secundaria*. pp. 84.

MINISTERIO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS (2002). Ley 25.673. Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable. *Información Legislativa*.

MINISTERIO DE JUSTICIA Y DERECHOS HUMANOS (2006). Ley 26.150. Programa Nacional de Educación Sexual Integral. *Información Legislativa*.

MORA TEBAS, J. A. (2017). Demografía del entorno: África y Unión Europea 2017. *Cuadernos de Estrategia*, 190, págs. 17-46.

ODSA (2019). *Documento de Trabajo: Pobreza Multidimensional Fundada En Derechos Económicos Y Sociales. Argentina Urbana: 2010-2018*.

OMS (2018). *Planificación familiar*. Organización Mundial de la Salud. Recuperado de: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/family-planning-contraception>

ONU (2009). High birth rates hamper development in poorer countries, warns UN forum. *UN news*. Recuperado de: <https://news.un.org/en/story/2009/04/295732-high-birth-rates-hamper-development-poorer-countries-warns-un-forum>

ONU (2015). *Tendencias Globales en el Uso de Anticonceptivos 2015*. Nueva York: Naciones Unidas.

ONU (2017). *World Population Prospects: The 2017 Revision, Volumen II: Demographic Profiles* (ST/ESA/SER.A/400). Nueva York: Naciones Unidas.

PETERSON, E. W. F. (2017). The role of population in economic growth. *SAGE Open*, 7(4), 2158244017736094.

POSTON, D. y GLOVER, K. (2006). China's Demographic Destiny: Marriage Market Implications for the Twenty-First Century. En POSTON, D., LEE, C., CHANG, C., MCKIBBEN, S. y WALTHER, C. (eds.) *Fertility, Family Planning, and Population Policy in China* (pp. 172-186). Nueva York: Routledge.

RECCHINI DE LATTES, Z. (1999). *Tendencias Y Perspectivas Del Envejecimiento De La Población Femenina Y Masculina En Argentina. Encuentro Latinoamericano Y Caribeño Sobre Las Personas De Edad*. Santiago: CEPAL.

ROCHA, L. (2017). *Población: la Argentina volverá a ser el tercer país de la región recién en 2050*. Universidad Torcuato Di Tella.

RODGERS, G., HOPKINS, M. y WERY, R. (1977). *Population, Employment an Inequality*. Bahue: OIT.

ROMER, PAUL M. (1994). The Origins of Endogenous Growth. *Journal of Economic Perspectives*, 8(1), pp. 3-22.

ROMERO, D. E. (1998). La pobreza, el crecimiento demográfico y el control de la natalidad: una crítica a la perspectiva ética de Peter Singer sobre la relación entre ricos y pobres. *Cadernos de Saúde Pública*, 14(3), pp. 531-541.

SETHY, S. K. y SAHOO, H. (2015). Investigating the relationship between population and economic growth: An analytical study of India. *Indian Journal of Economics and Business*, 14, pp. 29-288.

SIMON, J. (1989). On Aggregate Empirical Studies Relating Population Variables to Economic Development. *Population and Development Review*, 15, pp. 323-332.

SIMON, J. L. (1981). *The Ultimate Resource*. Princeton: Princeton University Press.

SINDING, S. W. (2009). Population, poverty and economic development. *Philosophical Transactions of the Royal Society. Biological Sciences*, 364(1532), pp. 3023-3030.

SOLOW, R. M. (1956). A Contribution to the Theory of Economic Growth. *The Quarterly Journal of Economics*, 70(1), pp. 65-94.

SONG, Z., STORESLETTEN, K., WANG, Y. y ZILIBTTI, F. (2015). Sharing High Growth across Generations: Pensions and Demographic Transition in China. *American Economic Journal*, 7(2), pp. 1 -39.

SUITS, D. B., MARDFIN, W., PAITONPONG, S. y YU, T. (1975). Birth Control in an Econometric Simulation. *International Economic Review*, 16(1), pp. 92-111.

TAMAYO, G. (1999). Aplicación de la anticoncepción quirúrgica del Perú y violaciones a los Derechos Humanos. En TAMAYO, G., *Nada Personal* (pp. 37-126). Lima: CLADEM.

TAPINOS, G. (1994). Crecimiento Demográfico y Crecimiento Económico. En BENÍTEZ, C. y RAMÍREZ, R., *Políticas de Población en Centroamérica, el Caribe y México*. México DF: INAP/UNAM/PROLAP.

TEH, Y. W. (2008). *La aplicación de la política del hijo único en China y la responsabilidad ante la Comunidad Internacional*. Málaga: Observatorio de la Economía y la Sociedad China.

TUMWEBAZE, H. K., y IJJO, A. T. (2015). Regional economic integration and economic growth in the COMESA region: 1980-2010. *African Development Review*, 27, pp. 67-77.

TURNER, J. A. (2018). *Falling fertility rates in the US don't mean economic collapse. Here's why*. Recuperado de: <https://www.weforum.org/agenda/2018/06/america-s-baby-bust>.

UNFPA (1994). Informe de la conferencia internacional sobre la población y el desarrollo (A/CONF.171/13/Add.1). *NACIONES UNIDAS, DEPARTAMENTO DE ASUNTOS ECONÓMICOS Y SOCIALES*. Recuperado de: <https://www.un.org/popin/icpd/conference/offspa/sconf13.add.html>

UNFPA (2010). *Estado de la Población Mundial 2010. Desde conflictos y crisis hacia la renovación: generaciones de cambio*. Recuperado de: [https://www.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/swop\\_2010\\_spa.pdf](https://www.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/swop_2010_spa.pdf)

YAO, W., KINUGASA, T. y HAMORI, S. (2013). An empirical analysis of the relationship between development and population grow in China. *Applied Economics*, 45(10), pp. 4651-4661.

ZENG, Y. y HESKETH, T. (2018). The effects of China's universal two-child policy. *The Lancet*, 388(10054), pp. 1930-1938.